

A decorative floral scrollwork design in a light gray color, featuring a central vertical stem with several curved branches extending outwards. Each branch is adorned with intricate, swirling patterns and small circular motifs, resembling stylized flowers or leaves. The design is symmetrical and occupies the central portion of the page, framing the text.

Firelight

ALMA DE FUEGO





Sophie Jordan

Firelight

ALMA DE FUEGO



B Bruño

Para mi propia Catherine.

Título original: *Firelight*

© 2010 Sharie Kohler

Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books,
un sello de HarperCollins Publishers

© 2012 Grupo Editorial Bruño, S. L.

Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Isabel Carril

Coordinación Editorial: Begoña Lozano

Traducción: Begoña Hernández Sala

Edición: María José Guitián

Preimpresión: MonoComp, S. A.

Diseño: Miguel A. Parreño (MAPO DISEÑO)

ISBN: 978-84-216-8862-5

D. legal: M-XXXXX-2012

*Una vez hayas probado el placer de volar,
caminarás eternamente por la tierra
con los ojos vueltos hacia el cielo,
donde has estado y adonde
siempre querrás regresar.*

Leonardo da Vinci

A decorative flourish consisting of several light gray, swirling, scroll-like patterns arranged in a circular, symmetrical design around the text.





1

Contemplo la tranquila superficie del lago y sé que vale la pena correr el riesgo.

El agua está inmóvil y lisa, como cristal pulido. Ni el más mínimo soplo de viento la altera. Una bruma baja forma montañas líquidas que flotan contra un cielo amoratado. El sol saldrá pronto.

Azure llega sin resuello. Sin molestarse en poner el ballesto, deja su bicicleta en el suelo ruidosamente, junto a la mía.

—¿No me has oído llamarte? Ya sabes que no puedo pedalear tan deprisa como tú.

—No quería perderme esto.

El sol asoma por fin sobre las montañas, en una fina línea de oro rojizo que ribetea el lago.



Azure suspira a mi lado y tengo la certeza de que está haciendo lo mismo que yo: imaginarse qué sensación provocará en su piel la temprana luz matinal.

—Jacinda, no deberíamos hacer esto —me dice, pero su voz carece de convicción.

Yo me meto las manos en los bolsillos y me balanceo sobre los talones.

—Tú quieres hacerlo tanto como yo. Mira ese sol...

Antes de que Azure pueda protestar de nuevo, me quito la ropa. Tras esconderla detrás de un arbusto, me acerco al borde del agua temblando, aunque no por el frío del amanecer. Me recorre un escalofrío de emoción.

La ropa de Azure cae al suelo y afirma:

—A Cassian no le va a gustar.

Yo frunzo el entrecejo. Como si me importara lo que Cassian opine... No es mi novio, aunque ayer me pilló por sorpresa en Maniobras de Vuelo Evasivas intentando cogerme la mano.

—No estropees este momento. Ahora mismo no quiero pensar en Cassian.

De hecho, la culpa de esta pequeña rebelión la tiene en buena parte él. Siempre está revoloteando a mi alrededor. Siempre está ahí, observándome con sus ojos oscuros, esperando. Estoy harta. Que Tamra se quede con él. Me paso el tiempo deseando que él la quiera, que la manada la hubiese elegido a ella en vez de a mí. A cualquiera en



vez de a mí. Se me escapa un suspiro. Detesto que ni siquiera vayan a darme elección.

Pero falta mucho hasta que haya que concertar nada. Ahora no voy a pensar en eso.

—Vamos allá.

Relajo mis pensamientos y absorbo todo lo que canturrea a mi alrededor. Las ramas con sus hojas de un verde grisáceo. Los pájaros, estimulados por el amanecer. La bruma fría y húmeda que se adhiere a mis piernas. Flexiono los dedos de los pies sobre el suelo áspero, contando mentalmente los guijarros que toco. Y, entonces, esa pulsión tan familiar se abre camino en mi pecho. Mi exterior humano desaparece, se desvanece, reemplazado por mi piel draki, mucho más gruesa.

Mi cara se tensa, los pómulos se afilan, mudando sutilmente, estirándose. Mi respiración cambia conforme se transforma mi nariz, al elevarse y multiplicarse el puente. Mis extremidades se aflojan y alargan. La resistencia de mis huesos resulta deliciosa. Miro al cielo. Las nubes parecen borrones grises; las veo como si ya estuviera deslizándome entre ellas. Siento cómo la fría condensación me besa el cuerpo.

No tardo mucho. Puede que haya sido la manifestación más rápida de mi vida. Con la mente clara y libre de restricciones, sin nadie más a mi alrededor excepto Azure, resulta más fácil. No está Cassian, con sus miradas pertur-



badoras; ni mi madre, con miedo en los ojos; ni ninguno de los demás, observándome, juzgándome, evaluándome.

Siempre evaluándome.

Me crecen las alas, levemente más largas que mi espalda, ligeras y vaporosas. Se despliegan en el aire con un suave susurro, un suspiro. Como si ellas, también, buscaran alivio, libertad.

Una vibración conocida va creciendo en mi pecho. Es casi como un ronroneo. Me giro para mirar a Azure y descubro que ya está preparada, y hermosa, a mi lado. Es de un azul iridiscente. Bajo la creciente luz, percibo las tonalidades rosas y escarlatas que se esconden en el azul intenso de su piel draki. Hasta ahora jamás había reparado en algo tan diminuto.

Solo en este instante lo veo, al romper el día, cuando tenemos previsto volar. Cuando la manada lo prohíbe. De noche te pierdes muchas cosas.

Al bajar la vista admiro el brillo dorado y rojizo de mis lustrosos brazos. Mi mente divaga. Recuerdo el pedazo de ámbar que hay en el tesoro de piedras preciosas de mi familia. Mi piel se asemeja a eso ahora: a ámbar báltico atrapado en luz solar. Resulta engañoso. Mi piel parece delicada, pero es tan dura como una coraza. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me vi así. Demasiado tiempo desde que sentí el sol sobre mi piel.

Azure ronronea suavemente a mi lado. Nos miramos —con ojos de iris alargados y negras líneas verticales

como pupilas—, y sé que ella no va a seguir protestando. Me mira fijamente con sus ojos de un azul reluciente, tan feliz como yo de estar aquí. Aunque hayamos quebrantado todas las normas de la manada para escaparnos de los terrenos protegidos, estamos aquí. Somos libres.

Apoyándome en los talones, salto hacia arriba. Mis alas baten el aire y sus membranas se estiran mientras me levantan.

Con un giro rápido, me elevo.

Azure está a mi lado, riendo con un sonido quedo y gutural.

El viento sopla sobre nosotras y la dulce luz del sol nos besa la piel. Cuando estamos lo bastante alto, Azure desciende en barrena atravesando el aire, dirigiéndose a toda velocidad hacia el lago.

—¡Fanfarrona! —exclamo, después de fruncir los labios, y el sonido de mi voz draki vibra en lo más hondo de mi garganta mientras Azure se zambulle y permanece varios minutos bajo el agua.

Puesto que es una draki acuática, siempre que entra en el agua le aparecen branquias en los costados, lo que le permite aguantar sumergida..., bueno, para siempre si así lo quisiera. Es uno de los muchos talentos útiles que nuestros antepasados dragones desarrollaron para poder sobrevivir. Aunque no todos podemos hacerlo, desde luego. Yo, por ejemplo, no puedo hacer eso.

Yo hago otras cosas.



Revoloteando sobre el lago, espero a que Azure emerja. Por fin rompe la superficie con una brillante rociada de agua; su cuerpo azul brilla en el aire, y de sus alas se desprenden gotitas.

—Muy bonito —digo.

—¡Ahora tú! —Niego con la cabeza y salgo volando de nuevo, sumergiéndome en las montañas de niebla y fingiendo que no oigo a Azure, que grita—: ¡Venga, es genial!

Mi talento no es genial. Daría cualquier cosa por cambiarlo. Por ser un draki acuático, o un visiocriptor, o un ónix. O..., bueno, la lista es muy larga.

Yo, en cambio, soy esto.

Exhalo fuego. Soy el primer ejemplar de draki piroexhalador de la manada en más de cuatrocientos años. Eso me ha hecho más popular de lo que desearía. Desde que me manifesté a los once años, dejé de ser Jacinda y pasé a ser la lanzallamas. Por esa razón, la manada decidió que era ella la que debía controlar mi vida, y sus miembros son peores que mi madre.

De repente, oigo algo más aparte del viento susurrante y las arrulladoras neblinas de las montañas de cima nevada que me rodean. Se trata de un sonido tenue y distante.

Aguzo el oído y me paro, revoloteando en el denso aire.

Azure ladea la cabeza. Sus ojos de dragón parpadean, escrutando el horizonte intensamente.



—¿Qué es eso? ¿Un avión?

El sonido aumenta, acercándose deprisa, con un ritmo constante.

—Deberíamos bajar un poco.

Asintiendo, Azure desciende. Yo la sigo, mirando a nuestras espaldas, pero solo veo la cadena irregular de montañas. Sin embargo, oigo algo más. Siento algo más.

El sonido continúa avanzando.

Nos persigue.

—¿Deberíamos volver a las bicis? —me pregunta Azure mientras su pelo negro de mechaz azules ondea en el viento como una bandera.

Yo vacilo. No quiero que esto acabe. ¿Quién sabe cuándo podremos escabullirnos de nuevo? La manada me vigila tan estrechamente, y Cassian es siempre tan...

—¡Jacinda! —exclama entonces Azure, apuntando al aire con un dedo azul iridiscente.

Yo me giro a mirar y me da un vuelco el corazón.

Un helicóptero rodea una montaña baja: al principio se ve muy pequeño, pero va creciendo conforme se aproxima, atravesando la niebla.

—¡Vamos! —grito—. ¡Abajo!

Desciendo horadando el aire, con las alas plegadas y pegadas al cuerpo y las piernas muy juntas y rectas, como una flecha, perfectamente colocadas para ganar velocidad.

Pero no la suficiente.

La hélice del helicóptero golpea el aire con un martilleo frenético. Cazadores. Empiezo a volar más rápido de lo que he volado jamás y el viento me hace daño en los ojos.

Azure me sigue. Al girarme a mirarla, distingo una oscura desesperación en sus ojos líquidos y grito:

—¡Az, aguanta!

Los drakis acuáticos no están hechos para la velocidad. Las dos lo sabemos. La voz de Azure se transforma en un sollozo, y en ese sonido quebrado percibo lo consciente que es ella también.

—¡Lo intento! ¡No me dejes, Jacinda! ¡No me dejes!

Detrás de nosotras, el helicóptero continúa su camino. Un miedo amargo me sube a la boca cuando se le unen dos más, lo que acaba con cualquier esperanza de que fuera una aeronave solitaria en busca de fotos aéreas. Se trata de un escuadrón, y ya no cabe duda de que vienen a por nosotras.

«¿Lo que le pasó a papá fue esto? ¿Sus últimos momentos serían así?», me pregunto, pero sacudo la cabeza para librarme rápidamente de esa idea. Yo no moriré hoy, y mi cuerpo no acabará vendido en trozos.

Señalo con la cabeza la copa de los árboles, cada vez más cercanos.

—¡Ahí! —chillo.

Los drakis nunca vuelan cerca del suelo, pero no nos queda otra opción.

Azure me sigue, situándose en mi estela. Se aproxima a mi costado, y tiene un pánico tan grande que a punto está de estrellarse contra los árboles. Yo me detengo, respirando entrecortadamente. Los helicópteros zumban por encima de nuestra cabeza; su martilleo ensordecedor sacude los árboles hasta convertirlos en una espuma verde.

—Deberíamos desmanifestarnos —dice Az, resollando.

Como si pudiéramos... Estamos demasiado asustadas. Los drakis nunca pueden adoptar forma humana cuando tienen miedo. Es un mecanismo de supervivencia. Nuestro núcleo es draki, y es de ahí de donde procede nuestra fuerza.

Miro a través del encaje de ramas agitadas que nos protege; hay un denso aroma a pino y bosque.

—Puedo controlarme —insiste Az en la lengua gutural propia de los drakis.

—Aunque eso fuera cierto, es demasiado peligroso —replico, negando con la cabeza—. Debemos esperar a que se vayan. Si ven a dos chicas por aquí después de haber visto a dos hembras drakis, podrían sospechar.

Un puño helado me oprime el corazón. No puedo permitir que eso suceda. No solo por mí, sino por todos. Por los drakis de todo el mundo. El secreto de nuestra capacidad de parecer humanos es nuestra mayor defensa.

—¡Si no estamos en casa en una hora, nos la vamos a cargar! —exclama Az.

Me muerdo un labio para no soltarle que tenemos más preocupaciones que la bronca que nos pueda caer, pero no quiero asustarla más de lo que ya está.

—Debemos escondernos un rato.

De repente, otro sonido atraviesa el de las hélices: es un sonsonete quedo. Siento un hormiguelo en el vello de la nuca. Hay algo más ahí fuera, en el suelo, acercándose.

Miro hacia el cielo mientras abro y cierro los dedos, semejantes a garras, y mis alas se estremecen en un movimiento apenas controlado. El instinto me invita a volar, pero sé que están ahí arriba, esperando, volando en círculos como águilas. Veo sus formas negras a través de la copa de los árboles. Noto una opresión en el pecho. No van a irse.

Con un gesto, le indico a Az que me siga hasta las gruesas ramas de un pino gigantesco. Tras plegar las alas contra el cuerpo, trepamos a través de las punzantes agujas de pino y las ramitas que nos arañan. Esperamos conteniendo la respiración.

Y entonces el suelo cobra vida, bullendo con un séquito de vehículos: camionetas, todoterrenos, motos de *cross*...

—¡No! —exclamo con voz ronca, contemplando los vehículos y los hombres armados hasta los dientes.

En la caja de una camioneta hay dos hombres atrincherados tras un enorme lanzador de redes. Son cazado-

res experimentados. Saben lo que están haciendo. Saben lo que van a cazar.

Az tiembla tanto que la rama en la que estamos acurrucadas empieza a sacudirse con un susurro de hojas. La agarro de la mano. Las motos abren la marcha, avanzando a una velocidad vertiginosa, pero entonces el conductor de un todoterreno señala a través de la ventanilla y grita con voz profunda y aterradora:

—¡Mirad en los árboles!

Az se retuerce y yo le cojo la mano con más fuerza. Ahora tenemos una moto justo debajo de nosotras. La piel se me tensa de una manera casi dolorosa.

—No puedo quedarme aquí —dice Azure con voz ahogada—. ¡Tengo que irme!

—Az —gruño con un susurro vehemente y desesperado—, eso es lo que ellos quieren. Están intentando asustarnos para que salgamos. No te dejes llevar por el pánico.

—No, no puedo —responde ella con los dientes apretados.

Y yo sé, con el estómago revuelto, que Az no va a resistir.

Tras examinar la actividad que se desarrolla en el suelo y los helicópteros que surcan el cielo, tomo una decisión.

—De acuerdo —digo, y trago saliva—. Este es el plan: vamos a separarnos...

—No...

—Yo saldré la primera. Luego, cuando empiecen a perseguirme, tú vete hacia el agua. Zambúllete y quéd-

te ahí todo el tiempo que haga falta. —Sus ojos oscuros brillan, muy húmedos; las líneas verticales de sus pupilas laten—. ¿Entendido?

Azure asiente entrecortadamente y los puentes de su nariz se contraen con una profunda inhalación.

—¿Qué..., qué vas a hacer?

—Volar, por supuesto —contesto, esbozando una sonrisa forzada.



2

Cuando tenía doce años, le eché una carrera a Cassian y gané.

Fue durante un vuelo en grupo. Por la noche, claro, nuestro único momento autorizado para volar. Cassian había estado comportándose de un modo muy arrogante, alardeando, y yo no pude evitarlo. De pequeños éramos amigos, antes de que ninguno de los dos se manifestara y yo no pudiera soportar ver en qué se había convertido: actuaba como si fuera un regalo divino para nuestra manada.

Antes de darme cuenta, los dos estábamos atravesando el cielo nocturno. Los gritos de ánimo de mi padre resonaban en mis oídos. Cassian tenía catorce años y era un draki ónix. Mi padre también era un ónix. No solo son los más fuertes y grandes entre los drakis, sino que también suelen ser los más rápidos.

Excepto aquella noche. Aquella noche vencí a Cassian, el príncipe de nuestra manada, nuestro futuro alfa, entrenado desde su nacimiento para ser el mejor.

Yo no debería haber ganado, pero gané. A la sombra de la luna, mostré que era algo más que la valiosa pi-roexhaladora de la manada. Más que la niñita a la que Cassian montaba en su cochecito. Cassian cambió después de aquello. De pronto ya no estaba centrado en ser el mejor, sino en ganar a la mejor. Yo me convertí en el premio.

Durante años he lamentado haber ganado esa carrera, molesta por la atención suplementaria que atrajo sobre mí, y he deseado miles de veces no poder volar tan rápido. Pero ahora, cuando mis pies desnudos trepan por la áspera corteza del pino, preparándome para echar a volar, agradezco ser tan veloz. Agradezco poder volar tan deprisa como el viento.

Az se estremece a mi lado y sus dientes castañetean. Suelta un sollozo y yo sé lo que tengo que hacer.

Entonces... me voy. Tras dejarme caer del árbol, me elevo en el aire, con las alas extendidas al máximo por encima de mi espalda, como dos grandes velas de oro.

Los gritos me ensordecen. Los motores rugen, acelerando. Se superponen voces altas e indistintas. Duras voces masculinas. Salgo disparada a través de los árboles y los cazadores me persiguen sin cuartel, avanzando ruidosamente por el bosque en sus vehículos «destrozate-

reno». Una sonrisa me curva la boca al ver que ellos van quedando atrás y yo me adelanto. Me oigo reír.

Pero en ese momento me brota fuego en un ala. Doy una sacudida, me ladeo y empiezo a caer en picado violentamente.

Me han dado.

Aunque lucho con todas mis fuerzas para mantenerme en el aire con una sola ala, únicamente consigo dar unos aletazos antes de desplomarme. El mundo gira a mi alrededor en un mareante destello de verdes y marrones exuberantes. Uno de mis hombros choca contra un árbol y caigo al suelo sin aliento, jadeando y rota, notando el intenso olor a cobre de mi sangre.

Hundo los dedos en la tierra húmeda; su aroma sustancioso y acre nutre mi piel. Sacudo la cabeza y la tierra me llena las manos deslizándose bajo mis garras. Con el hombro palpitante, me arrastro clavando una mano tras otra.

Un sonido me arde en la garganta, parte quejido y parte gruñido. «Yo no, yo no», pienso. Doblo las rodillas bajo el cuerpo y me examino el ala, estirándola con cuidado por encima de la espalda. Me muerdo un labio para sofocar un grito por el tremendo dolor que siento en las membranas, un dolor que penetra profundamente hasta la espalda, entre los omóplatos. Las agujas de pino me arañan las palmas al intentar ponerme de pie.

Los oigo venir. Oigo sus gritos. Los motores suben y bajan conforme ascienden y descienden colinas. Una imagen de la camioneta con la red me pasa por la mente.

Igual que a mi padre. Ahora me está ocurriendo a mí.

De pie, pliego las alas contra el cuerpo y echo a correr como una flecha a través de los abundantes árboles mientras los motores suenan más cerca.

Al girarme a mirar entre la niebla, veo el brumoso resplandor de faros y suelto un grito ahogado. Están muy cerca. Me late el corazón en los oídos. Miro hacia arriba, a mi alrededor, buscando un lugar en el que esconderme. Y entonces oigo algo más: la melodía constante de una corriente de agua.

Localizo el sonido y echo a correr con pasos leves y silenciosos sobre el suelo del bosque. Me detengo justo a tiempo, agarrándome al tronco de un árbol para evitar rodar por una pronunciada pendiente. Miro hacia abajo y veo una pequeña cascada que burbujea incansable al caer sobre un gran estanque rodeado de muros de roca escarpada.

El aire restalla sobre mi cabeza. Se me pone el pelo de punta, noto una tensa picazón en el cuero cabelludo y me lanzo hacia un lado. El viento silba cuando la red golpea el suelo cerca de mí.

—¡Carga otra!

Miro por encima de un hombro... y veo la camioneta, con dos tipos en la caja preparando una nueva red.

Las motos saltan sobre el suelo, acelerando sus furiosos motores mientras vienen a por mí. Los motociclistas llevan unos grandes cascos metálicos. Ni siquiera parecen humanos; son monstruos. Distingo las líneas duras y resueltas de sus bocas. Las martilleantes hélices de helicóptero convergen en el aire, transformándolo en un viento salvaje que hace que el cabello me azote por todas partes.

Respiro hondo para llenarme los pulmones y doy media vuelta. Y entonces salto.

Corto el aire. Resulta extraño: atravieso el viento sin intención, sin capacidad de ascender y volar. Pero eso es lo que hago. Hasta que me zambullo en el agua.

Está tan fría que grito, y trago agua con sabor a algas. ¿Cómo lo hace Az? Viéndola parece que sea muy... agradable, no esta agonía helada y amarga...

Salgo a la superficie y chapoteo en círculos como un perrito, observando, buscando. Algo, cualquier cosa. Y entonces veo una cueva. En realidad es un pequeño repecho justo en el interior del muro rocoso, pero lo bastante profundo para que me esconda en su interior, fuera de la vista de cualquiera. A menos que se tiren al agua detrás de mí, claro.

Nado hasta allí y me izo al saliente. Tras meterme todo lo que puedo en el refugio, me acurruco hasta formar un ovillo.

Mojada y temblorosa, contengo la respiración y espero. No pasa mucho tiempo antes de que voces duras atesten el espacio que hay sobre mí.

—¡Ha saltado!

Se cierran portezuelas y ese ruido me estremece, pues sé que han salido de sus vehículos. Me pongo a temblar incontrolablemente en la cueva en penumbra. Cierro los dedos, blancos de la tensión, sobre mis lisas rodillas.

—¡Se ha tirado al agua!

—A lo mejor ha salido volando —apunta un hombre cuya voz se superpone al gruñido de las motos.

—¡Imposible! No puede volar. Le he alcanzado en un ala —replica otro.

Yo me estremezco ante la engreída satisfacción de su voz, y me froto desesperadamente los brazos para combatir el frío y el miedo.

—Ahí abajo yo no veo nada...

—Alguien tendrá que ir a comprobarlo.

—¿Ahí abajo? Menudo frío... ¡Ve tú!

—¿Y por qué no vas tú? ¿Qué eres, una gallina?

—Yo iré —interviene otro hombre, y me sobresalto al oír su voz, profunda, sosegada y tan suave como el terciopelo frente al tono áspero y mordiente de los demás.

—¿Estás seguro de que puedes ocuparte tú, Will?

Me abrazo con más fuerza y espero a oír su respuesta, deseando ser un visiocriptor para poder desaparecer.

Entonces un cuerpo desciende al estanque formando un arco. El agua apenas se altera con su limpia zambulli-

da. Will. El de la voz aterciopelada. Me quedo mirando la reluciente superficie líquida, conteniendo la respiración a la espera de que él emerja. En cualquier momento asomará la cabeza y mirará a su alrededor. Verá la cueva. Me verá a mí.

Me humedezco los labios, sintiendo cómo empieza a hervirme la sangre, cómo se forma el humo en mis pulmones. Si fuera necesario, ¿sería capaz de hacerlo? ¿Podría usar mi talento para salvarme?

Una cabeza sale a la superficie, esparciendo agua con una sacudida. Le brilla el pelo, como un casco oscuro contra la cabeza. Es joven, no mucho mayor que yo.

—¿Estás bien, Will? —le pregunta una voz desde arriba.

—¡Sí! —grita él en respuesta.

Se me encoge el corazón ante la repentina cercanía de esa voz y me pego todo lo que puedo a la áspera pared, pasando por alto el dolor que eso causa en mis alas. Mientras observo al chico, rezo para que su vista no pueda alcanzarme.

Él repara en el saliente y se pone alerta, con los ojos clavados en mi dirección.

—¡Hay una cueva!

—¿Está el bicho ahí?

Yo soy «el bicho».

Me pongo en tensión, contrayendo la piel, temblando como el arco tensado de un violín. Mis alas empiezan a vibrar acaloradamente, proyectando un dolor lacerante

en la membrana herida y en lo más hondo de mi espalda. Hago una mueca y me obligo a relajarme.

Él se acerca nadando.

Echo humo por la nariz. No quiero que suceda, pero... sucede sin más. Aunque suelo tener más poder sobre mi talento, el miedo está arrebatándome todo el autocontrol. El instinto draki se impone.

El corazón me golpea en el pecho conforme él se aproxima y noto sin lugar a dudas en qué preciso momento me descubre. Se queda paralizado, inmóvil en el agua, sumergido casi por completo, rozando la superficie líquida con los labios.

Los dos nos miramos.

Ocurrirá ahora. Avisará a los demás. Vendrán en tropel como depredadores hambrientos. Acordándome de mi padre, procuro no estremecerme. Estoy convencida de que él no tembló, no se acobardó al final. Y yo tengo algo, una defensa con la que mi padre no contaba. Fuego.

Entonces el chico empieza a moverse de nuevo y se acerca deslizándose con soltura por el agua. Un músculo le acentúa la mandíbula y algo aletea en mi estómago. No parece un tipo duro, como me había imaginado. No parece malvado. Parece... curioso.

Pone una mano sobre el repecho y se mete en el interior de la cueva. Conmigo. Solo un palmo nos separa. Los músculos de sus brazos se tensan cuando se agacha, ara-

ñando levemente el suelo de la cueva con los dedos. Nos recorreremos con la mirada. Somos dos animales extraños estudiándose por primera vez.

Tomo aire, luchando por llevarlo a mis llameantes pulmones, y comienzo a arder de dentro hacia fuera.

No es que nunca haya visto humanos. Los he visto muchas veces, cuando voy a comprar a la ciudad con mi madre y con Tamra. La mayor parte del tiempo yo misma parezco humana, incluso dentro de los límites secretos del lugar donde vivimos. Pero, aun así, me quedo mirando a ese chico como si no hubiera visto a ninguno antes. Y supongo que en realidad jamás he visto a uno como él. Después de todo, no es un tipo común y corriente. Es un cazador.

Su camiseta negra es como una segunda piel. En la sombría cueva, su pelo mojado parece casi negro. Quizá sea más claro cuando está seco: castaño o incluso rubio oscuro. Pero son sus ojos lo que me atrapa. Engarzados profundamente bajo unas cejas espesas, me taladran con una intensidad absoluta, examinándome de arriba abajo. Me imagino cómo me ve. Las alas plegadas detrás de la espalda, asomando por encima de los hombros. Mis extremidades flexibles y lustrosas relucen como el fuego incluso en la penumbra de este repecho. Mi estrecha cara de contornos pronunciados. Mi nariz protuberante. Mis arqueadísimas cejas y mis ojos de dragón: dos negras rayas verticales donde deberían estar las pupilas.

Él levanta una mano y yo ni siquiera me encojo cuando acerca su ancha y cálida palma a mi brazo. Palpando, explorando, su mano desciende deslizándose, y estoy segura de que está comparando mi piel —piel draki— con la piel humana. Su palma se detiene, se abre sobre el dorso de mi mano, descansa sobre mis dedos largos como garras. Bajo su contacto, el calor me recorre con un chispazo.

Él también lo nota. Se le dilatan los ojos, de un encantador color avellana. Son verdes con motas marrones y doradas. Los colores que adoro. Los colores de la tierra. Su mirada se desvía hacia las hebras mojadas de mi pelo, que rozan el suelo. Me sorprende a mí misma deseando que él pudiera ver a la chica que hay dentro del dragón.

De su boca escapa un sonido. Un par de palabras. Yo lo oigo, pero pienso: «No. No ha podido decir eso».

—¡Will! —grita entonces una voz desde arriba.

Los dos nos sobresaltamos y el rostro del joven cambia. La expresión amable y curiosa se esfuma y parece enfadado. Amenazador. Me mira como se supone que los de su especie miran a los de mi especie. Su mano se separa rápidamente de la mía, segando toda intimidad, y yo me froto el lugar donde me ha tocado.

—¿Va todo bien ahí abajo? ¿Necesitas que vaya?

—¡Estoy bien! —exclama él, y el retumbar de su voz resuena contra las paredes de nuestro pequeño refugio.

—¿Has encontrado al bicho?

Otra vez «el bicho». Resoplo y me brotan nubes de humo por la nariz. El ardor de mis pulmones se intensifica.

Él me mira fijamente, con ojos duros y despiadados. Espero que anuncie mi presencia sosteniéndole la mirada, negándome a apartar la vista, decidida a que este chico vea la cara que va a sentenciar a muerte con sus próximas palabras.

—¡No! —responde.

Tomo una bocanada de aire mientras el fuego se apaga en mis pulmones. Nos quedamos mirándonos sin pestañear un instante más. Él, un cazador. Yo, una draki.

Y luego él se va.

Y yo me quedo sola.